
NOTAS.

El inteligente y estudioso autor de los «Principios de Derecho civil Mexicano,» nuestro fino amigo el Sr Lic. Agustín Verdugo, acaba de publicar el cuarto tomo de su interesante obra.

Ha tenido la atención, que agradecemos, de obsequiarnos los cuatro volúmenes publicados, y pronto insertaremos en la *Revista* los apuntes que estamos tomando para dar una idea de su importancia.

* *

Parece que la 2ª Sala del Tribunal Superior ha dictado sentencia absolutoria en favor de Pedro Estrella, acusado por el homicidio de José Mª Aguilar y condenado por unanimidad por el veredicto del jurado. La sentencia aun no se notifica á las partes; pero sabemos que el Sr Agente del Ministerio público, interpondrá el recurso de casación en contra de la sentencia de la Sala, dictada por mayoría de votos.

Publicamos hoy dos notables estudios sobre este ruidoso proceso.

* *

Han obtenido el título de Abogados en la Escuela N. de Jurisprudencia, después de sustentar lucido examen profesional, los jóvenes Miguel Diaz Lombardo, Alfredo Garrido y Cayetano Castellanos.

ULTRAGE

Á LAS

BUENAS COSTUMBRES POR MEDIO DE LA PRENSA.

- I. *Traducción de libros extranjeros en Inglaterra.—Convención Unionista de 1886 y ley territorial.—Responsabilidad del librero y del autor.—Carácter jurídico de la «publication.»—Persecución á las novelas francesas antiguas y modernas.—II. Artículo de un periódico.—Escritor Belga y diario parisiense.—Competencia criminal.*
-

1 Proceso de las novelas de Zola, Dumas hijo, G. Droz, Flaubert, Bourget, Maupassant, Goncourt, Daudet, Th. Gautier, La reina de Navarra, Rabelais, el abate Prévost, en Inglaterra.—Zola en Alemania y en Belgica.—2.—Proceso en Francia de C. Lemonnier, escritor belga.

Los editores ingleses han publicado una edición económica, de varias obras, vertidas al inglés, del célebre novelista francés Emilio Zola.

Entre estas traducciones se cuentan las de las novelas de *Nana*, *Pot Bouille* y la *Terre*. La opinión pública en Inglaterra se ha pronunciado en contra de la difusión en las clases populares de estas obras, plagadas de descripciones licenciosas. Intervino la Corona; y en nombre de la Reina se entabló acusación en contra de los libreros que habian puesto á la venta estas traducciones y especialmente en contra de Henry Vizetelly, de Londres. Hé aquí un extracto detallado de la audiencia de

30 de Octubre de 1888, de la «Central criminal Court,» de Londres, presidida por el Recorder. (1)

«Henry Vizetelly, bookseller, Henrietta Street, Conventgarden, se ha presentado ante la corte para responder á la acusación que se le ha hecho por haber publicado un escrito delictuoso (*libel*). (2). El acusado tenía en contra cargos de la misma clase por haber publicado otros dos escritos semejantes pero había alegado que no era responsable de ninguno de ellos. Se le permitió sentarse junto á su abogado. El Procurador general (Sir Edward Clarke) M. Poland y M. Asquith, sostuvieron la acusación; M. Francis Williams Q. C. y M. Cluer defendían al inculpado. El Procurador general expuso detalladamente el negocio y dedicó algún tiempo á la lectura de ciertos trozos de las obras incriminadas. El «solicitor general» esplicó que todas estas obras habían sido escritas por Zola, autor francés bien conocido, y dijo, que tenía la convicción de que los jurados, después de examinar el carácter de las obras expresadas, no vacilarían en calificarlas como escritos punibles á los ojos de la ley, hechos para dañar á todos los que los tuviesen á la mano.

«El Jurado interrumpió el discurso del Procurador general para preguntarle si era necesario que continuase la lectura de tales fragmentos.

«El Recorder dijo, que era necesario leerlos para que fuera legalmente entablada la acusación.

«El Procurador replicó, que exprimentaba gran repugnancia ofendiendo los oídos del jurado pero que estaba en la obligación de cumplir con su deber; que sin embargo interrumpiría la lectura tan pronto como el jurado declarase que los libros publicados justificaban la acusación.

«M. Williams intervino y dijo: que, por su parte, el encausado retiraba su declaración de «inculpabilidad» y se confesaba responsable por todos los capítulos de la acusación; que deseaba al propio tiempo retirar de la circulación las obras incriminadas.

«El Procurador quedó satisfecho del giro que tomó el negocio, y agregó que entendía que si estas obras se publicaban por otra

(1) *The Standard* de Londres, 1º de Noviembre de 1888.

(2) *Libel*, es todo escritor delictuoso, licenciado ó difamatorio.

persona procedería contra ella. En cuanto á la pena, dejaba su imposición al juicio de la Corte; pues no requería sentencia alguna especial.

«M. Williams, dijo: que creía justo alegar que el reo era una persona de gran respetabilidad y que tenía testigos dispuestos á comprobar este hecho.

«El Recorder manifestó que el objeto de la acusación no había sido tanto castigar al encausado como cortar de raíz la publicación de estos «libels» escandalosos. Que parecía que este objeto se había alcanzado y en consecuencia imponía solamente al responsable una multa de 100 libras esterlinas; y un depósito de 200 para caucionar su conducta durante un año (*to Keep the peace for twelve months.*)

«Poco tiempo después, el 21 de Diciembre de 1888, M. Evans, librero de Liverpool, fué condenado por el Tribunal de Circuito de este puerto, á 14 días de prisión y á 20 libras esterlinas de multa, por haber puesto en venta las traducciones inglesas de las novelas de Zola, y especialmente la de *La Terre* y una de Paul de Kock, *Le Mauvais sujet.*»

La prensa inglesa ha aprobado estas persecuciones. Para dar á conocer el estado de la opinión en Inglaterra sobre esta cuestión de moral literaria, no creemos encontrar un documento más característico que el «leading article» publicado por el *Standard* (1) á propósito de este proceso.

«El proceso en contra de M. Vizetelly ante la «Central Criminal Court,» ha terminado ayer de una manera satisfactoria para los que respetan las buenas costumbres y la sana literatura; después que el acusado por consejo de su defensor, se ha declarado culpable, es inútil entrar en la cuestión técnica y discutir si las obras de Zola entran ó no, en la categoría de las publicaciones indecorosas. En cuanto á nosotros la cuestión no tiene duda. No debemos manchar nuestras páginas con citas que el mismo Jurado de Old Bailey, no ha querido escuchar.

«Felicitamos á los que desconocen las obras más detestables de este escritor, y con respecto á los que por su profesión lite-

(1) *The Standard*, Londres, 1º de Noviembre de 1888.

raria se han visto obligados á estudiar á este novelista vigoroso pero repulsivo (*repulsive*) no tenemos necesidad de convenarlos. Si alguno, ó al menos algún inglés ha leído á *Nana* y *Pot-Bouille*, sobre todo este ultrage consumado á la decencia y al buen gusto, *La Terre*, sin un sentimiento intolerable de nauseas y de disgusto debe tener nervios extraordinariamente fuertes ó percepciones excepcionalmente obtusas. No es que Zola sea solamente grosero. Hay escritores de este género en todas las lenguas; y no se puede negar que algunos han sido hombres de genio, susceptibles de ser leídos con provecho ya que no con placer.

«Hay grosería abundante en Chaucer, Rabelais, Fielding, Swift, y muchos pasages de estós grandes escritores se aceptarían de buena gana por sus lectores del siglo diez y nueve. Pero la grosería de Zola es de otro caracter. Forma parte de la esencia misma de su obra, más que otra cosa es necesidad pura. Según la indicación de un observador contemporáneo, no llama simplemente azada á una azada, sino que trata de introducir en la conversación este utensilio de agricultura á fin de llamar las cosas por sus nombres. Las cosas obscenas y repugnantes se encuentran en las obras de Zola, sin más razón que su obscenidad y su repugnancia. No somos apóstoles de la emasculación de la literatura. Algunos de los monumentos literarios no han sido ni habrán podido ser escritos para juvenes de diez y seis años. El vicio y la impureza deben alguna vez estar representados en el arte, si el arte quiere conservar su carácter de realidad.

«No llamamos á Shakespeare inmoral porque ha escrito *Measure for Measure*, ni á Goethe por su *Faust* y *Wilhelm Meister*, ó á Balzac por la *Comédie Humaine*. Pero la inmoralidad de Zola, no admite la excusa que con razón puede alegarse en favor de los grandes maestros de la novela y el drama. No pinta escenas viciosas y brutales porque se pueda derivar de ellas alguna enseñanza artística ó estética, sino pura y simplemente por el placer de describirlas ó por alhagar el gusto de lectores envilecidos y depravados. Y lo que es peor. Tiene un límite el realismo que el arte no puede franquear sin degenerar en chocante y penoso. Zola traspasa á menudo esos linderos.

«Sus descripciones no son sino fotografías indecentes que merecen ser confiscadas tanto como las colecciones de ese género de escritos que nacen en los chiriviles y covachas de las grandes capitales.

«La circulación de libros de este género se halla en condiciones distintas de la reproducción de libros de otra época que contienen immoralidades. Ignoramos si hay necesidad, como ha pretendido demostrarlo Lamb, de multiplicar las ediciones económicas de los autores dramáticos de la Restauración, en una esfera social de la que se ha desterrado la atmósfera ética; cuando son muy lógicas las consecuencias que debemos esperar de estas ediciones manifiestamente conocidas como «no espurgadas.»—Sin embargo Dryden y Vanbrugh, Longreve y Wischerlez forman parte de nuestra literatura.

«Muchos compran estos libros sólo por el placer literario que proporciona su lectura.

«Está fuera de duda que muchos han leído los autores dramáticos del siglo diez y siete como leen á Marcial, á Rabelais y á Aristofanes, aun cuando no tengan gusto por lo obsceno. Pero los grandes escritores y aun los menos eminentes, aunque siempre dignos de la atención del estadista, tienen «defectos de sus cualidades» ó cualidades propias de su época. Sería pedantismo no estudiar á los clásicos antiguos porque los escritores griegos y romanos trataban libremente temas que se eluden en los tiempos modernos.

«Sería absurdo proscribir al «padre de la poesía inglesa» porque en los tiempos de Chaucer se gastaban bromas triviales sobre asuntos que no se consideran ya dignos de una época más refinada. Leemos á los escritores del pasado, no á causa, sino apesar de su trivialidad accidental y de sus frecuentes olvidos de la idea estético-moral, formada con posterioridad.

«En todo esto no hay analogía con el caso de los modernos novelistas franceses. Se les lee porque sus obras son sucias y asquerosas y no por otra razón. Se esfuerzan deliberadamente por satisfacer ese gusto raro, que existe en algunos espíritus por todo lo que es deshonesto, aunque parezca incomprendible para los demás. Son libros no sólo obscenos sino desprovistos de valor.

«El que se ha dedicado á ese comercio, trafica con mercancías prohibidas por las leyes de la mayor parte de los países y que son y han sido siempre castigadas por el «*common law*» de Inglaterra, así como por las decisiones recientes que se ocupan especialmente de este tráfico depravado. No se apela al fallo de un sólo país. Se han dictado escrupulosos en Alemania, Austria y en los Estados Unidos. Sin embargo en todos estos Estados la policía ha prohibido la libre circulación de *La Terre*, y sería una vergüenza para Inglaterra si se mostrase más tolerante

«Gracias á la acusación en contra de M. Wizetelly tenemos un escándalo menos.

»Es un ultraje escribir tales libros, es una circunstancia agravante traducirlos y lo que es peor publicarlos en una edición popular y económica, No negamos que halla cierto talento real aunque pervertido en el «Zolaismo,» como con acierto lo ha bautizado Lord Tennyson. Admitimos que los literatos se vean obligados á examinarlo. Así el abogado y el médico tienen que ocuparse de asuntos que los laicos no iniciados hacen bien en ignorar. Pero admitiendo que haya ingleses llamados á profundizar las miras de Zola, nos atrevemos á afirmar que no hay uno sólo que no sea capaz de leer el original. El crítico que no pueda comprender una novela francesa en su lengua original, no tiene derecho de seguir esa rama de la carrera. En francés, y sólo en francés, el mérito evidente de estos autores es apreciable; es decir su estilo, extraordinariamente claro é intencionado. Traducirlos es despojarlos de la única cualidad que los disculpa á los ojos de sus compatriotas. ¿Pero que se puede decir de una traducción literal, común, hecha sin habilidad y sin pretender ningún valor literario? Es como si se quisiese arrancar una obra de medicina de la oscuridad decente de un lenguaje técnico, poniéndola al alcance de los dependientes y niños de escuela, y difundiéndola á título de edición económica.

«Es sofisticos sostener que estableciendo una diferencia entre los malos libros, caros y baratos, se legisla en favor de los ricos en contra de los pobres. Si es malo editar con lujo obras inmorales, es diez veces malo propagarlas de manera que lleguen á po-

der de millones de jóvenes medio instruidos. No podemos evitar que los que se hayan viciado busquen lo obsceno, pero si podemos y debemos proteger á los que se conservarían puros y sanos si no se les pusiese en contacto con la corrupción. Por esta razón quedamos plenamente satisfechos de que el «Tesor público» haya dado una lección saludable á los empresarios que especulaban con la circulación de esta málefica literatura extranjera.

«No somos partidarios de la censura de la prensa, desde luego porque generalmente es inútil, y en seguida porque jamás ha servido sino para causar un mal mayor del que trata de evitar, pero no queremos que se abuse de la «la libertad de la prensa.» Esperamos que si como en el presente caso, hay obras en circulación visiblemente hechas para depravar el gusto público y ultrajar las costumbres, no se vacilará en aplicar el rigor de la ley contra los que las publiquen.»

No obstante el proceso de Octubre de 1888, Henry Wizetelly siguió vendiendo traducciones inglesas de las obras de Zola. El librero se creía al abrigo de toda reprehensión por haber suprimido algunos pasajes de las obras; espurgó del mismo modo las siguientes: *La femme de feu* de Balot; *Belami* y *Une Vie*, de Maupassant; *Crime d'amour* y *Cruelle énigme*, de Bourget, *Germinie Lacerteux*, de Goncourt; y creyó que estas ediciones *ad usum delphini*, podrían alcanzar gracia del pudor alarmado de su país.

Las esperanzas de Wizetelly salieron fallidas. Por instigaciones de la Sociedad de vigilancia, dirigida por el cardenal Manning y el Arzobispo protestante de York, se entabló nueva acusación por el gobierno, interpelado en la Cámara de los Comu-

nes por sir Richard Fowler y M. Samuel Smith. El 30 de Mayo de 1889, Wizetelly fué emplazado nuevamente para ante la «Central Criminal Court» de la que salió peor librado que la primera vez.

«*Central Criminal Court*, de Londres ante el Recorder. (1)— M. Henry Wizetelly, librero de Henrietta-Street, Coventgarden, ha comparecido para responder de la acusación que se le hizo por haber publicado y vendido escritos delictuosos en forma de libros que contenían traducciones de novelas francesas de Zola. El solicitador general (sir Edward Clarke) y M. Dankwertz se encargaron de la acusación y M. Cock, Q. C. y M. Cluer, se presentaron por el inculpado que se reconoció culpable (*pleaded guilty*).»

«El solicitador general recordó á la Corte que en Octubre de 1888, el acusado lo había sido por un delito semejante y con respecto á los mismos libros; que había entonces declarado que era evidente su culpabilidad (*to resist á conviction*) que estuvo convicto y confeso (*pleaded guilty*) y que se había obligado sin restricciones á suspender la venta; que el inculpado había desconocido su compromiso, que los libros aunque espurgados contenían pasajes ofensivos, y que continuaba vendiendo estas publicaciones sin ninguna duda inconvenientes; que en esa vez el procesado caucionó con docientas libras esterlinas su buena conducta y su promesa de no reincidir en el delito. Que él (solicitor general) pedía ahora que se hiciera efectiva la caución además del castigo adicional que la Corte creyera conveniente.»

«M. Cock dijo que se hallaba en la imposibilidad de contra-

(1) *The Standard*, 31 de Mayo de 1889.

riar la acusación, y que su defenso confesaba su delito; pero que hacía notar á fin de pedir indulgencia, que el reo tenía más de setenta años, y mala salud, que algunas veces en otro tiempo había ejercido un comercio respetable como librero y que se comprometía solemnemente á suspender la venta de estas publicaciones reprehensibles, bajo cualquier forma y en todo lugar, (*in any form or scope whatever*).»

«El recorder ordenó que la caución de 200 libras se hiciera efectiva y condenó al reo á tres meses de prisión como responsable de un delito de primera clase.»

«Además de los libros de Zola que hemos citado, la Corte declaró que debían retirarse de la venta los siguientes libros que Wizetelly había traducido y espurgado: *Madame Bovary* y *Salambo*, de Flaubert; la *Vie de Boème*, de Murger; *René Mauperin*, de Th. Gautier; *Sapho*, de A. Daudet; *Mon oncle Brabassou*, de Mario Uchard; *Fanny*, de E. Feydeau; *Monsieur, Madame et Bébé*, de G. Droz, todas calificadas como obras que atacan la moral pública.»

La gravedad de la situación de Wizetelly ante la Corte y ante la opinión pública con respecto al delito especial que se le reprochaba, resalta con singular relieve del procedimiento relatado.

Wizetelly puso su defensa en manos espertas. Su consejero era uno de los abogados de la Reina.

Vemos sin embargo que el honorable abogado confesó en plena Corte carecer de medios de defensa (*it was impossible to offer any defence to the charge*) para enervar la acusación entablada en contra de su cliente. Hubo en esto una táctica de audiencia que no se oculta á los de la profesión. El defensor de Wizetelly tenía probablemente más de una razón para discutir

la inculpación, pero hombre de experiencia, comprendió en el acto que sus esfuerzos serían inútiles. Prefirió acentuar la humildad y el arrepentimiento de su cliente, como único recurso para atemperar el rigor del juez y obtener la atenuación de la pena. Hay una circunstancia de por medio muy instructiva. En casos semejantes, los defensores alegan enérgicamente la absolución del inculpado y la obtienen á las veces, «cuando la obra inculpada es de las que parecen haber sido meditadas larga y seriamente desde el punto de vista literario y del estudio de los caracteres; en donde los pasajes censurados por la requisitoria, aunque reprehensibles son poco numerosos comparados con la extensión de la obra; pasajes que, ya en las ideas que expresan, ya en las situaciones que representan, entran en el conjunto de los caracteres que el autor ha querido pintar aun exagerandolos é impregnandolos de un realismo tal vez vulgar y chocante.» (1)

Las persecuciones en contra de los libros de Zola tienen un alcance considerable para la literatura francesa. Según los datos que recibimos de Inglaterra, las obras de Zola, Guy de Maupassant, Dumas hijo (2), Goncourt, Flaubert, Daudet, Bourget, están de hecho casi prohibidas en Inglaterra, al menos en ingles. Los libreros ingleses que han publicado traducciones no se atreven á ponerlas en venta.

Antiguamente las obras de Bocacio y de Rabelais estaban proscritas. Ni las reinas se han escapado; la primera acusación contra «l'Heptaméron des nouvelles de très illustre et très excellente princesse Marguerite de Valois, Reyne de Navarre,» prescribió gracias á la nulidad del procedimiento.

Los libreros franceses establecidos en Londres no se atreven á pedir novelas francesas. Temen cometer un delito vendiendo estas obras aun cuando estén en su lengua original. La campaña activa que dirigen, contra toda clase de libros, las hojas religiosas protestantes y católicas, numerosas é influyentes en el Reino Unido, casi han conducido al Gobierno á contraer ciertas obligaciones. Hasta aquí solamente eran revisadas las traducciones

(1) Sentencia del Tribunal correccional de Paris de 7 de Febrero de 1857, absolviendo á Gustave Flaubert por la publicación de *Madame Bovary*, en vista del alegato del ilustre y sentido maestro Senard.

(2) Especialmente la *Dame aux Camélias*.

inglesas de los libros prohibidos. El Secretario de Gobernación (*Home Secretary*) ha dado á entender recientemente en la Cámara de los Comunes; que se podrían detener y confiscar, á su entrada, los ejemplares originales en francés que se enviaran á Inglaterra.

A principios del mismo año, en Marzo de 1888, fué decomisada en Prusia, por orden superior, la traducción alemana de *La Terre*. Todos los libreros de Berlin que habían sido embargados, se emplazaron para presentarse ante el Tribunal el 16 de Marzo siguiente. La cita dice que los Estrados resolvieron: «poner fuera de la circulación los ejemplares todavía existentes de la traducción alemana de *La Terre*, pues la justicia tenía la convicción de que el contenido de la novela es inmoral y de que habían sido expuestos los ejemplares de esa traducción en los aparadores de diversas librerías de Berlin, lugares públicos.» La exposición del libro traducido es castigada por los arts. 184, 41 y 42 del Código penal Aleman.

Estos datos quedarían incompletos si omitiésemos mencionar el ingenioso simulacro verificado en el naciente foro de Amberes (Bélgica), sugerido por los procesos instruidos en Inglaterra en contra de los libros de Zola.

Inspirandose en las mejores tradiciones de la antigua Curia (*basoche*) los curiales (*stagiaires*) ambereses proyectaron simular un proceso en contra de las novelas de Zola, con la solemnidad acostumbrada en los procesos realmente consignados al jurado criminal.

El viérnes 1º de Febrero de 1889, celebró esta fiesta jurídico-literaria, la Conferencia del foro de Amberes, bajo la dirección del Presidente de la Orden, M. Wouters.

La audiencia se instaló con verdadero éxito.

Desde las 8 P. M. la sala estaba llena de artistas, escritores, abogados, magistrados y periodistas.

El jurado quedó compuesto de dos artistas, un médico, un presunto notario, dos oficiales, el director de un importante ramo municipal, y de cinco negociantes. Los debates duraron tres y fueron seguidos con interés creciente por este escogido auditorio.

El acta de acusación concluía, en estilo humorístico, pidiendo